

De la Santa Alianza a Putin: dos siglos de tentativas hegemónicas de Rusia

Javier Alcalde Cardoza*

«(La política de Rusia) ha seguido un ritmo propio a lo largo de los siglos, expandiéndose a través de un espacio que abarca casi todos los climas y civilizaciones, interrumpiéndose ocasionalmente por la necesidad de adaptar sus estructuras internas a la enormidad de su emprendimiento – solo para volver nuevamente, como la marea que cubre la playa. De Pedro el Grande a Putin... el ritmo se ha mantenido extraordinariamente consistente».

Henry Kissinger, *World Order* (2014, p. 50)

RESUMEN

Sostiene que el comportamiento internacional de Rusia en nuestros días puede entenderse revisando sus tendencias históricas. Encuentra que Rusia se convierte en potencia militar dominante en Europa en 1812 y con la Santa Alianza ensaya brevemente un liderazgo hegemónico, que incluye preeminencia en el campo de las ideas. Después de la guerra de Crimea y el Gran Juego, frente a Inglaterra, Rusia vuelve a buscar la hegemonía con la Revolución bolchevique y luego en la guerra fría. Como potencia resurgente, con Putin, persigue una hegemonía regional en lo que denomina Eurasia.

Palabras clave: Rusia, comportamiento histórico, Santa Alianza, guerra de Crimea, Gran Juego, Revolución bolchevique, Alejandro I, Putin.

* Profesor asociado del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima. Internacionalista, Ph.D. en Asuntos Internacionales. Correo electrónico: jalcalde@pucp.edu.pe

From the Holy Alliance to Putin: Two centuries of Russia's search for hegemony

ABSTRACT

Russia's current international behavior can be better understood by examining its main historical tendencies. Russia becomes military dominant power in Europe in 1812 and with the Holy Alliance attempts briefly to attain a hegemonic leadership, including preeminence in the field of ideas. After the Crimean War and the Great Game, played against Britain, Russia attempts again to attain hegemony with the Bolshevik Revolution and later in the Cold War. As a resurgent power, under Putin, she strives to attain a regional hegemony in the realm of Eurasia.

Key words: Russia, Historical Tendencies, Holy Alliance, Crimean War, Great Game, Bolshevik Revolution, Alexander I, Putin.

1. Introducción

Ilustres estadistas e internacionalistas, como el general De Gaulle y Raymond Aron, han observado que si se quiere entender el comportamiento internacional de los estados, más importante que analizar sus regímenes políticos e ideologías resulta conocer sus tendencias históricas y los grandes intereses nacionales que ellas reflejan a lo largo del tiempo.

Nosotros suscribimos plenamente esta observación y además encontramos, coincidiendo en este caso de manera general con Henry Kissinger, que el comportamiento internacional de Rusia —desde la época de los zares, pasando por el régimen comunista y hasta la era de Putin— constituye uno de los procesos que mejor ilustra esta realidad.

Encontramos que desde el proyecto de Alejandro I de la Santa Alianza, Rusia ha intentado varias veces alcanzar la forma de liderazgo más completa en el sistema internacional, el liderazgo hegemónico, el cual combina la preeminencia en los terrenos militar, económico y de las ideas.

Este artículo examina especialmente el período menos estudiado en la perspectiva del despliegue de la ambición hegemónica de Rusia, esto es desde la Santa Alianza (1814) hasta la Revolución bolchevique (1917). Destaca las grandes tendencias e intereses de Rusia, entre ellos, la centralidad de Ucrania en la evolución del imperio ruso.

2. Emergencia de Rusia y primeras fases de expansión

En el siglo IX, en la ruta comercial entre Escandinavia y la ciudad de Constantinopla, los normandos consiguieron dominar a un conjunto de tribus eslavas y las cohesionaron en una federación, que tuvo como centro la ciudad de Kiev, en las orillas del río Dnieper (en lo que es actualmente la república de Ucrania). Esta federación, que combinó las culturas escandinava y eslava dando origen a una vigorosa nueva identidad nacional, fue conocida como «Rus», una primera germinación del Estado ruso. Kiev alcanzó un gran poderío militar, sacudiendo con sus victorias militares y su expansión la estabilidad de la región de los Balcanes así como la del Imperio bizantino.

En el siglo XI, Kiev adoptó la religión ortodoxa y se convirtió también en un gran centro cultural y político que llegó a rivalizar con Constantinopla. Sin embargo, a partir de la muerte de su soberano Yaroslav, en 1054, entró en un período de fragmentación y decadencia, hasta que fue destruido en 1240 por la invasión de los mongoles de la Horda de Oro, una coalición de tribus y clanes nómades articulada para la guerra y la conquista.

En el siglo XIII, la región que luego se transformaría en Rusia estaba compuesta por trece principados. Se convirtió en parte del imperio mongol por más de 200 años, entre 1237 y 1480, un hecho que contribuyó a su unificación. Aunque los conquistadores mongoles se establecieron en la ciudad de Sarai, en el bajo Volga, ellos ratificaron a la ciudad de Vladimir como sede del gran principado de la región (función que esta ciudad desempeñaba desde fines del siglo XII). Los mongoles decidieron valerse de las autoridades locales para funciones como la recolección del tributo y la conscripción de soldados.

Sin embargo, la ciudad de Moscú, fundada en 1276, se fue distinguiendo gradualmente entre las ciudades rusas, en gran medida por su colaboración con los mongoles. En 1310 obtuvo la sede de la Iglesia ortodoxa. Unos lustros después, en 1327, tras una pugna que le fue exitosa con la ciudad de Tver, Iván Danilovich asumió el gobierno de Moscú y el título de gran príncipe, pasando a ser Iván I de Rusia.

En las décadas siguientes, Iván I y Moscú fueron creciendo en autoridad y tierras, gracias a las extraordinarias habilidades políticas y económicas del príncipe y en retribución por su especial subordinación a los conquistadores.

A partir de 1360 entró en disolución la Horda de Oro. Con la decadencia y caída de los mongoles, Moscú va dominando a los demás principados rusos, buscando completar la unificación del territorio de los Rus. En 1380 el gran duque Dimitri de Moscú infligió una derrota a los mongoles que aceleró el ocaso de estos.

Empero, al sur de la incipiente Rusia cobraba fuerza en estos momentos una formidable fuerza, que destruiría a Bizancio y con la que el nuevo Estado rivalizaría de manera constante en los siglos venideros: el imperio turco otomano. Precisamente, la toma de Constantinopla por los otomanos, en 1453, vino a propiciar un nuevo rol para Moscú, que se proclamó como la «Tercera Roma», defensora suprema de la fe cristiana.

Unos años más tarde, en 1480, Iván III (1462-1505) completó en el norte la unificación de Rusia y acabó definitivamente el pago de tributo a los mogoles.

La región primigenia de Rusia posee, singularmente, varios ríos navegables que van hacia el mar Báltico, el mar Blanco, el mar Caspio (el Volga) y el mar Negro (el Don y el Dnieper). Esta realidad geográfica vendrá a inducir y favorecer notablemente el avance y la expansión de Rusia, después de la unificación de la región bajo el dominio de Moscú. El nuevo Estado buscó, en una primera dilatada fase, controlar estos ríos en toda su extensión, así como sus salidas al mar.

Cuando Iván III, el Grande, subió al trono en 1462, tenía como vecinos al norte el principado ruso de Novgorod; al noroeste el reino de Suecia; al suroeste el Principado de Lituania; por el sur, estaban las fértiles tierras negras de las estepas, donde se encontraban, en el sureste, el kanato de Kazan, al pie de los montes Urales y más al sur el kanato de Astrakán, en las orillas del mar Caspio; al oeste de Astrakán, se hallaba el kanato de Crimea, cuyo territorio incluía la península del mar Negro que hoy lleva su nombre.

En 1477, Iván III dio un primer gran paso en sus avances territoriales, al conseguir la anexión del principado ruso de Novgorod, el cual, de manera singular, había tenido una existencia independiente de varios siglos de poderío y prosperidad. Medio siglo más tarde, a la muerte de su hijo Basilio III, en 1533, estos dos soberanos habían multiplicado seis veces la extensión del territorio de Rusia: de 430 mil a 2 millones 800 mil kilómetros cuadrados.

Al ascender Iván IV, el Terrible (nieto de Iván el Grande), en 1533, el territorio de Rusia era igual a la extensión de Inglaterra, Francia y España combinadas. Sin embargo, se considera que la expansión imperial rusa empieza recién con este soberano, el primer príncipe moscovita en llamarse zar de Rusia, en la década de 1550.

En estos primeros siglos, los designios imperiales de Rusia contaban con el apoyo de armas decisivas, como el cañón y el mosquete, importados de Europa, con los cuales se enfrentaba con los pueblos del este, relativamente poco avanzados y organizados.

La razón que Rusia invocaba para su expansión era la conversión de los infieles. En este sentido, como hemos visto, se proclamaba comprometida en una lucha en pos de liberar a la Segunda Roma (Constantinopla) de los otomanos.

Iván el Terrible realiza importantes avances en la dirección del Volga, hacia el mar Caspio. Conquista los kanatos de Kazán (1552) y Astrakán (1556), los cuales, significativamente, eran estados tártaros musulmanes relativamente bien organizados y poderosos. Estas conquistas demostraron un nuevo nivel de poderío de Rusia y al mismo tiempo le abrieron auspiciosamente las puertas de Siberia, de las estepas y del Cáucaso.

Desde el ascenso de Iván el Terrible (1533) hasta fines del siglo XVI, el territorio ruso se duplicó, de 2 millones 800 mil a 5 millones 400 mil kilómetros cuadrados. En la primera mitad del siglo XVII, la rápida ocupación de Siberia lleva a Rusia a alcanzar el océano Pacífico, convirtiéndose en el Estado más grande del mundo.

Después de Iván el Terrible (1533-1584) sigue un período de anarquía y guerra civil. Una asamblea de nobles logra restablecer el orden en 1613, coronando como zar a Miguel Romanov, con quien se inician los tres siglos de reinado de esta dinastía, la cual cubrirá la historia imperial rusa hasta su caída, con la Revolución bolchevique de 1917.

Los siguientes reinados de Miguel (1613-1654), Alexis I, Teodoro III y la regencia de Sofía se desarrollaron en una Rusia precariamente estable pero todavía relativamente débil y pobre, con el problema fundamental de una burocracia gubernamental dominada por la antigua nobleza, los boyardos.

Aparecerá luego la figura señera de Pedro I, gran reformador, considerado el fundador del Estado moderno ruso y de su imperio.

Antes de las reformas de Pedro el Grande, entre mediados del siglo XVI y fines del siglo XVII, en un lapso de 150 años, el ritmo de expansión territorial de Rusia había sido extraordinario, a un promedio de 35 mil kilómetros cuadrados al año, equivalentes a la extensión de Holanda, como señala Richard Pipes (1995, p. 83), aunque absorbiendo territorios con muy baja densidad de población.

A fines de este período, Nashchokin, ministro del zar Alexis Romanov (1654-1676), quien tomó Kiev de la posesión de Polonia, definió elocuentemente la política exterior rusa como «la expansión del Estado en todas direcciones» (Kissinger, 2014, p. 52).

Miremos por un momento la expansión rusa por regiones durante este período, hasta fines del siglo XVII, en vísperas del reinado de Pedro el Grande. Rusia había crecido principalmente en tres regiones, Siberia, las estepas, y también en Europa; en una segunda etapa, en los siglos XVIII y XIX, además de continuar su expansión en estas regiones, realizará avances en el Cáucaso, Asia Central y el Extremo Oriente.

La búsqueda de pieles llevó a los rusos a Siberia desde las primeras décadas del siglo XVI. Inmediatamente al otro lado de los montes Urales, se hallaba el pueblo de Siber, el cual va a dar el nombre a esta inmensa región. Los primeros avances de los cazado-

res rusos a través Siberia se irán dando conforme van extinguiendo o ahuyentando la fauna que sostiene su actividad, encontrando poca resistencia por parte de una escasa y primitiva población nativa.

Sin embargo, a nivel del Estado ruso, fue Iván el Terrible quien auspició una expedición más allá de los Urales, encabezada por quien se convertiría en un gran líder en este emprendimiento, Yermak. Este célebre personaje, quien vive hasta 1585, es el que dirige los inicios de la ocupación formal de Siberia. Medio siglo después de las pioneras acciones de Yermak, en la década de 1630, los avances rusos llegan al mar de Okhotsk y Kamchatka, alcanzando el océano Pacífico.

En estos momentos Rusia tiene sus primeros encuentros con el imperio chino. En 1635, grupos de cosacos se asentaron en el valle del río Amur, zona rica en granos, pero fueron expulsados por las tropas imperiales chinas en 1658 (Landers, 2009, p. 121).

La ocupación del Amur por el imperio ruso dura entre 1650 y 1689, cuando devuelve a China la zona. En 1686, Moscú firma un tratado con China, que marca el repliegue ruso desde la que había sido su zona de máximo avance, Manchuria, de regreso a Siberia. En la segunda mitad del siglo XIX, Rusia reactivará sus avances en esta región, suscitando, como veremos, fricciones y conflictos con China y Japón en el Extremo Oriente.

Otra región en la que Rusia inicia su expansión en este período son las estepas, ubicadas al sur de Moscú y Kiev. Las estepas se extienden desde los montes Cárpatos, en Hungría, hasta Mongolia y constituyen una gran franja de seis mil kilómetros de longitud que une el Asia y la Europa del este, ubicada al sur de Siberia. En ellas no crecen espontáneamente árboles ni arbustos, solo cierto tipo de pastos naturales. Sin embargo, poseen, excepcionalmente, una extensa zona de fértiles tierras negras, sobre todo en el territorio de Ucrania.

Desde el siglo VII antes de la era cristiana hasta el siglo XVII tribus nómades dominaron las estepas, aterrorizando a los pueblos sedentarios colindantes. Ni siquiera las poderosas fuerzas del imperio chino fueron capaces de derrotarlas. Además de estas tribus, bandas de cosacos, originalmente campesinos rusos que habían huido de la explotación feudal a las fronteras de la estepa, incursionaban periódicamente para robar y saquear las ciudades rusas.

Como hemos visto, Kazán y Astrakán fueron las primeras conquistas de Rusia, que le abrieron la puerta de las estepas, en la década de 1550. Luego, a comienzos del siglo XVII, pasó a controlar el kanato de Crimea (aunque no a anexarlo formalmente), cuyas fuerzas habían sido capaces de incendiar Moscú en 1571. Los cosacos, en cambio, solo pudieron ser controlados en el siglo XVIII por Pedro el Grande.

En este sentido, recién en el reinado de Catalina, Rusia va a lograr pleno control de las estepas. Y a partir de 1850, se expandirá más allá de las estepas, enfrentándose con Estados organizados en el Asia Central y originando a raíz de sus conquistas, una gran pugna geopolítica con el imperio británico, asentado en India, que fue denominada el Gran Juego y que veremos más adelante.

En el caso de Europa, en este período Rusia incursiona en los dominios territoriales de Polonia y Lituania, que se habían unido en 1386, constituyendo una gran potencia que abarcaba desde el mar Báltico al mar Negro. Iván III (1462-1505) convierte a Rusia en el gran rival de este reino unido y trata de arrebatarle los territorios que actualmente corresponden a Ucrania y Bielorrusia. Particularmente, Iván el Grande expresa al gran príncipe de Lituania que Kiev y otras partes de Ucrania, las cuales habían sido recuperadas por Lituania del yugo mogol, «por la voluntad de Dios eran parte de Rus, habiéndola heredado de sus ancestros» (Landers, 2009, p. 129). La obsesión secular rusa por retomar Kiev se satisface en 1667, cuando el zar Alexis efectúa la conquista de Ucrania del noreste, incluyendo esta ciudad, que estaba en manos de Polonia (por entonces la potencia más fuerte en la unión con Lituania).

Los deseos rusos de obtener una salida al mar Báltico y de poseer territorio en este litoral se vieron frustrados de manera continua desde el siglo X, primero por el constante avance de conquista y colonización hacia el este por parte de tribus germánicas y luego por Suecia, la tierra de los normandos, que en 1621, como Estado, controla el Báltico y que después de guerra de los 30 años (1618-1648) se convirtió en la gran potencia de Europa del norte.

3. Surgimiento del Imperio ruso: Pedro y Catalina (1696-1796)

Pedro el Grande (1696-1725) fue el primer Romanov célebre, considerado el fundador del Estado moderno ruso y de su imperio. Gobernó de facto desde 1689 pero fue coronado como zar en 1696.

Pocos gobernantes han tenido tanta influencia histórica como Pedro I. Poseedor de un extraordinario físico, intelecto y energía, occidentalizó Rusia, remodeló el gobierno, reformando sobre todo el ejército, y cambió las costumbres y el vestido, especialmente de la nobleza. Fundó San Petersburgo en 1703 (una «ventana a Europa»), desde donde gobernó una «nueva Rusia».

Pedro buscó directamente aprender de las instituciones y prácticas europeas, particularmente en lo militar. Creó una Academia de Ciencias y promovió el desarrollo de la economía, teniendo en mente sobre todo fortalecer la influencia de la monarquía y el poderío militar del Estado. Fomentó la inmigración de artesanos y trabajadores

especializados europeos. Inició la industria del hierro en los Urales que en unas décadas volvería a Rusia el primer productor de hierro de Europa.

La reorganización que hizo del gobierno, incluyó decisivamente la asimilación de la nobleza (boyardos) a la administración pública y el ejército. Estableció la conscripción obligatoria y personalmente elaboró un manual de operaciones del ejército.

Casi todo su reinado transcurrió en guerra. Pero también, como anticipo de los problemas de un gran imperio, tuvo que enfrentar (y aplastó despiadadamente) una serie de rebeliones internas de pueblos y grupos, descontentos con un férreo y opresivo gobierno central, que algunas veces estuvieron aliados con potencias enemigas.

Bajo Pedro, Rusia va a desarrollar un segundo motivo de expansión territorial: no se trató solamente de obtener una salida al mar sino también de que fuera un puerto de aguas templadas. El único puerto de Rusia, en el mar Blanco, Arcángel (desde 1584), estaba cubierto de hielo parte del año. Los importantes avances de Rusia hacia el Báltico y el mar Negro pretenden solucionar este problema.

En busca de puertos de agua templada, Pedro luchó con Turquía (1700) e hizo retroceder a las fuerzas otomanas desde el mar de Azov hasta el Mediterráneo.

Hacia occidente, realizó avances a expensas de Suecia y Polonia, las potencias regionales. En este caso lo hizo también por razones de seguridad, para proteger al centro del imperio.

Invadió Suecia en 1700, dentro de la prolongada Gran Guerra del Norte (1700-1721). En la batalla de Poltava (1709), en Ucrania, destruyó al ejército de Suecia, que era la gran potencia de Europa del norte. Unos años más tarde, el Tratado de Nystadt (1721) convirtió a Rusia en una gran potencia, de manera un tanto sorpresiva para las demás potencias europeas.

Sobre el Báltico, Rusia se anexa Karelia, Estonia, Livonia y parte de Finlandia (donde se construirá San Petersburgo). Pedro crea toda una industria naval así como una poderosa fuerza marítima para consolidar estos avances. La armada rusa llegó en su reinado a tener navíos comparables a los de la armada inglesa (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p. 212).

El monarca incorporó a Siberia como provincia en 1710, mostrando especial interés por estudiar a los pueblos de Asia Central y el Japón. Desarrolló las relaciones con China y Mongolia. Auspició la expedición del danés Bering a Siberia en 1725, quien llegó a navegar el estrecho que luego recibiría su nombre. Una nueva expedición de Bering, en 1731, intenta llegar hasta México con reclamos territoriales para Rusia, pero Bering muere en 1741 en Alaska.

Con Pedro el Grande, la elite rusa adquirió una mentalidad europea, progresista, la cual consideraba atrasados a los pueblos no europeos y otorgaba a su Estado una misión civilizadora frente a ellos.

Como un indicio muy elocuente de las grandes expectativas y temores que causaron los logros, intereses y ambiciones internacionales de Pedro, es interesante mencionar que en Europa se dio publicidad a un supuesto testamento suyo en el que expresaba su propósito de conquistar el mundo (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p. 208; Meyer y Brysac, 1999, p. 117).

Tras la muerte de Pedro (1725) siguieron más de tres décadas de inestabilidad política, debido a que el monarca falleció sin señalar heredero y por la subsiguiente ausencia de candidatos aptos para mantenerse en el trono. En 1762 asume la corona Catalina II, princesa alemana que se había casado con Pedro III y que se convierte en zarina mediante el derrocamiento de su esposo.

Catalina la Grande gobernó por 34 años, hasta 1796. Se afirma que ningún monarca ruso encarnó mejor que ella la lucha por expandir el territorio y difundir el espíritu ruso (Landers, 2009, p. 181). Como Pedro, se mostró particularmente abierta a Occidente especialmente a la Francia ilustrada, adonde apuntaban sus simpatías intelectuales, aunque no su estilo de gobierno. Continuó varias reformas internas iniciadas por Pedro, entendiendo que eran indispensables para mantener el estatus de gran potencia. Eliminó las barreras internas al comercio y promovió las exportaciones de granos y pieles.

Sin embargo, los mayores logros de la emperatriz fueron en el frente externo. Medio siglo después de que Pedro el Grande consiguiera derrotar a Suecia, Catalina, mediante impresionantes campañas militares, pudo sacar adelante los intereses rusos frente a otros dos grandes rivales, el Imperio otomano y Polonia. Estos triunfos elevaron a Rusia a un nuevo nivel de preeminencia en Europa.

Después de una primera guerra con Turquía (1768), que le dio una decisiva victoria frente a su tradicional rival, Rusia logró acceso a aguas templadas en el mar Negro, en la península de Crimea y en el puerto de Odesa. Aunque no intentó capturar el Bósforo, consiguió el derecho de libre tránsito de navíos comerciales al Mediterráneo. Este fue un significativo avance en la nueva fase de expansión en pos de aguas templadas, impulsada desde Pedro el Grande.

Rusia logró también el derecho de representar los intereses de los ortodoxos en Constantinopla. Más allá de esto, Catalina comenzó a acariciar un «proyecto griego», que consistía en conquistar las posesiones otomanas en Europa y convertirlas en un gran imperio cristiano centrado en Constantinopla. Austria llegó a aceptar el proyecto

ruso, provisto que fuera una entidad independiente, pero el estallido de una segunda guerra con Turquía truncó el proyecto (Riasanovsky y Steiner, 2005, p. 247).

En una segunda guerra, muy dura pero finalmente exitosa, frente a Turquía (1787), en la cual la mayor parte de potencias europeas apoyó al Imperio otomano, Rusia obtuvo el reconocimiento otomano de la anexión de Crimea.

Con la adquisición formal de Crimea, Rusia pudo finalmente controlar las tierras negras de las estepas y con ello contar con la tranquilidad que le permitiría explotar una riqueza agrícola suficiente para sostener su imperio.

La explotación de los campos de Ucrania críticamente aumentó la disponibilidad de granos en Rusia. Junto con los productos agrícolas subtropicales que vendrían luego de Georgia, los cereales de las tierras negras pudieron sostener el extraordinario crecimiento demográfico que tendría el imperio en el siglo XIX. Esta autosuficiencia alimentaria sería otro gran logro del avance territorial consistentemente impulsado durante los reinados de Pedro y Catalina.

Con respecto a Polonia, junto con Prusia y Austria, Catalina participó ventajosamente en tres sucesivas particiones del territorio polaco (1772-1795), que hicieron desaparecer del mapa a esta otrora potencia hasta el fin de la Primera Guerra Mundial.

En 1772 Rusia invade Polonia e interviene en una guerra civil. En gran medida como un expediente para frenar el expansionismo ruso, que venía de aplastar a Turquía, Federico el Grande de Prusia propuso a Rusia y Austria la partición de territorio polaco. Rusia recibió Bielorrusia y Latvia, esta última parte de Lituania.

Veinte años más tarde, Rusia vuelve a intervenir, invitada, en un conflicto interno en una Polonia que había quedado convulsionada desde la partición. En este caso, Prusia, decide también invadir suelo polaco, pero no Austria. Se produce en 1793 la segunda partición de Polonia, entre Prusia y Rusia, en la cual Rusia recibe territorio adicional de Lituania así como Ucrania occidental.

En 1794 surge un gran levantamiento nacionalista en Polonia, liderado por Thaddeus Kosciuszko que es debelado por las fuerzas rusas, precipitando una tercera partición. En la fase final del proceso, Rusia recibe las partes restantes de los territorios de Lituania y Ucrania.

Con las particiones de Polonia, las grandes potencias Austria, Prusia y Rusia asestaron un golpe sin precedentes al tablero militar y diplomático en Europa y eliminaron literalmente a una antigua potencia rival al mismo tiempo que se enriquecían sustancialmente en territorio, población y recursos. El descargo particular de Rusia era

que se trataba de territorios que históricamente le habían pertenecido (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p. 251).

En cuanto al significado político de las ganancias de Rusia, hay que señalar que cuando, en 1772, Catalina propició la primera partición de Polonia, Rusia era considerada por las potencias imperiales (Inglaterra, Francia y Austria) como una potencia de segundo rango. Sin embargo, el desenvolvimiento subsiguiente del reparto empezó a hacer que estas potencias cambiaran significativamente su parecer (Landers, 2009, p. 195).

Como señala Paul Kennedy (1987, p. 94), en el terreno militar Rusia había tenido un notable ascenso en la jerarquía internacional desde su conversión en gran potencia en la batalla de Poltava (1709). Durante el reinado de Catalina, las fuerzas armadas del imperio habían asombrado en Europa occidental por su ferocidad y tenacidad en la guerra de los Siete Años (1756-1763), cuando llegaron a ocupar Berlín.

Después de haber ganado el Báltico y gran parte de Polonia durante el siglo XVIII, los recelos que Rusia suscitó en las grandes potencias europeas, contribuyeron a dificultar la continuación de su expansión hacia el oeste y hacia el sur y a hacer que se orientara en el siglo XIX más bien hacia el Cáucaso y el Asia.

La anexión de Crimea en 1783 fue el trampolín para la conquista rusa del Cáucaso. El muy rápido desarrollo alcanzado —por lo que se denominó Nueva Rusia (Ucrania del sur y sureste)— durante el reinado de Catalina, bajo Potemkin y otros virreyes destacados, creó una base formidable de poder ruso en el mar Negro, frente a los otomanos.

En alguna medida, Rusia decidió entrar al Cáucaso, a fines del siglo XVIII, para ayudar a la Georgia ortodoxa, que se hallaba constantemente asediada por fuerzas otomanas y persas. Pero también pesaron consideraciones geopolíticas frente a estos imperios rivales, así como las ya mencionadas consideraciones económicas relacionadas con la producción agrícola de Georgia.

En la conquista y colonización del Cáucaso, que se desarrollaría sobre todo en el siglo XIX, resultó particularmente arduo someter a los pueblos de las montañas del Cáucaso del norte, como chechenios y daguestanos, que mantuvieron un extraordinario espíritu de resistencia.

En el terreno diplomático del reinado de Catalina, es de destacar la histórica Declaración de Neutralidad Armada que Rusia suscribió en 1780, la cual contribuyó notablemente a establecer nuevos principios de derecho internacional y también a fortalecer la reputación de la armada rusa.

Según esta declaración, los barcos de Estados neutrales podrían navegar libremente por las costas, inclusive de Estados en situación de guerra y su carga no podría ser

confiscada aunque perteneciera a Estados enemigos de las potencias interventoras (excepto armas y municiones). La declaración se produjo en un contexto en el que Gran Bretaña, Francia y España no respetaban a los Estados neutrales ni a sus embarcaciones.

Rusia despachó tres poderosas escuadras al Atlántico, al Mediterráneo y al mar del Norte para hacer cumplir su declaración.

Como quiera que Rusia señaló que otros Estados neutrales podían adherirse a la declaración, Dinamarca, Suecia y Holanda, entre otros, lo hicieron, conformando lo que se denominó una Liga de Neutralidad Armada (Landers, 2009, p. 195; Riasanovsky y Steinberg, 2005, p. 252).

Se puede decir que las acciones externas de Catalina culminaron las tendencias de fortalecimiento, expansión y ascenso emprendidas por Pedro el Grande y dejaron a Rusia en posición de desempeñar un rol continental expectante en el siglo XIX.

Sin embargo, como apunta Kennedy, resultaba difícil establecer con alguna precisión la posición jerárquica de Rusia en Europa, al acabar el reinado de Catalina: además de los logros militares y diplomáticos mencionados, el ejército ruso era más numeroso que el de Francia; el país avanzaba en algunas áreas de producción industrial (como textiles y hierro); y era casi imposible de conquistar desde Occidente. No obstante, tenía todavía muchas debilidades estructurales y sectores económicos y sociales atrasados o aun arcaicos. En el terreno de las ideas, podemos decir que Rusia era un dedicado pero tardío consumidor de las ideas seculares de Occidente, las cuales coexistían difícilmente con sus tradicionales convicciones religiosas sin permitirle aspirar a un rol de liderazgo en el plano político-intelectual en Europa.

Después de la muerte de Catalina, asume el trono su hijo Pablo, a quien ella había mantenido postergado y que tuvo un reinado muy corto (1796-1801). Pese a la inclinación de Pablo a desviarse de las tendencias del gobierno de su madre, en el campo externo realizó algunas acciones notables que contribuyeron a fortalecer aun más la reputación internacional de Rusia, a la que Catalina había dado lustre.

Pablo fue en gran medida el organizador de la segunda coalición contra Napoleón en cuya campaña marítima las fuerzas rusas, yendo más allá del Bósforo, llegaron al Mediterráneo, a tomar las islas del mar Jónico que habían estado en poder de Francia y a controlar la isla de Malta. En las acciones terrestres, las fuerzas rusas y austriacas bajo el mando del extraordinario general ruso Suvorov, derrotaron a los franceses en tres batallas entre 1798 y 1799 y estuvieron a punto de invadir Francia.

Desencantado por la falta de apoyo de Gran Bretaña y Austria en la campaña en Holanda, Pablo abandonó la coalición en 1800 y pasó al lado de Francia. Como una

reacción a la pérdida de Malta frente a la armada de Gran Bretaña, es interesante destacar que Pablo despachó una fuerza de cosacos a invadir la India, una acción que fue detenida por su trágico derrocamiento y por la decisión de su sucesor, Alejandro I (Riasanovsky y Steinberg, 2005, pp. 254-255).

4. Alejandro I y la Santa Alianza

Alejandro I (1801-1825) había sido criado en gran medida por su abuela, Catalina, quien tuvo por él una extraordinaria predilección, al punto que llegó a pensar en hacerlo su sucesor, dejando de lado al heredero, Pablo, padre de Alejandro. Esto solamente se habría frustrado por la repentina muerte de la emperatriz (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p. 281).

Catalina transmitió a Alejandro sus convicciones y lo familiarizó con las ideas de la Ilustración y más prácticamente con las habilidades necesarias para desenvolverse en la corte. La personalidad de Alejandro fue compleja e inescrutable. Contemporáneos e historiadores muestran un amplio desacuerdo respecto a sus inclinaciones: liberal o reaccionario, pacifista o militarista, diplomático avezado o místico alejado de la realidad (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p. 281).

Puede considerarse que Alejandro fue el último gran zar (Landers, 2009, p. 205) y que como sus extraordinarios predecesores determinó en su época el comportamiento de Rusia. Además, después de derrotar a Napoleón quedó como el más fuerte monarca de Europa y probablemente como el más influyente actor cuando entre 1814 y 1815 se decidió el futuro del continente.

En junio de 1812 Napoleón inició la invasión de Rusia, la cual en pocos meses opacaría su estrella e inflamaría la de Alejandro.

Como antecedentes de la invasión francesa debe mencionarse que Francia y Rusia tenían designios antagónicos respecto a Polonia. Alejandro quería reunificar Polonia y hacerla parte de su imperio. Napoleón también la ambicionaba y contaba con recursos provenientes de la venta de Louisiana a los Estados Unidos para financiar esta ambición. Alejandro fue inicialmente derrotado por Napoleón y se vio obligado a firmar el Tratado de Tilsit en 1807.

Sin embargo, después de Tilsit, Rusia sostuvo muchas discrepancias con la política francesa en distintas áreas de Europa y el Cercano Oriente. En particular, estuvo en desacuerdo con el llamado «sistema continental», un embargo impuesto por Napoleón a la compra de bienes ingleses, el cual Rusia no respetó.

La invasión francesa se inició con 500 mil hombres. Seis meses después, solo 5 mil soldados franceses fueron capaces de llegar en penosa retirada a Vilnius, Lituania, culminando uno de los más grandes desastres militares de todos los tiempos.

Napoleón triunfó en la batalla de Borodino y llegó a entrar a Moscú en setiembre de 1812. Pero Alejandro no se rindió y rechazó negociar la paz mientras no se retiraran las tropas francesas de suelo ruso. Se replegó de Moscú, lo incendió y continuó retirándose, empleando una táctica de tierra arrasada. Napoleón pronto quedó sin alimentos. La *Grande Armée* debió enfrentar en estas condiciones al invierno y a las tropas de Alejandro que volvieron al ataque.

Alejandro rehusó la oferta de paz de Napoleón y continuó luchando después de expulsarlo de territorio ruso. Dentro de una cuarta coalición contra Francia (1812-1814), obtuvo un triunfo decisivo en la batalla de Leipzig en 1813 y logró la rendición de París en marzo de 1814. Alejandro presidió la procesión de los triunfadores en París.

Como señala Landers, en estos momentos, la autocracia de los Romanov parecía haber probado ser el más exitoso régimen del mundo. Al haber derrotado al imperio francés. Rusia aparecía como la única superpotencia mundial, solo medio siglo después de haber entrado formalmente al equilibrio de poder europeo, en 1763.

Kissinger observa que los europeos veían con «temeroso respeto y anticipación» a un Estado cuyo territorio y fuerzas empuñaban a todos los territorios y fuerzas del continente juntos (Landers, 2009, p. 211; Kissinger, 2014, p. 50).

Alejandro llegó a París y luego a Viena como el triunfador sobre la gran amenaza que había pendido sobre Europa y con un gran proyecto para asegurar la paz universal, la Santa Alianza.

Es difícil evitar establecer un paralelo con lo que pasó cien años más tarde, cuando el presidente norteamericano Woodrow Wilson, después de haber definido la victoria contra Alemania, llegó a París con el proyecto de la Sociedad de Naciones.

A ambos se les aclamó en Europa. Alejandro era apuesto, joven y carismático y pasó al centro del escenario europeo. La Universidad de Oxford le dio un grado honorario (Landers, 2009, p. 205).

Alejandro, como Woodrow Wilson, estaba investido de un aura mesiánica y también, como el presidente norteamericano, parecía creer que él y su nación habían sido encargados de señalar al mundo una ruta de salvación (Landers, 2009, p. 211).

La idea central de Santa Alianza contenía una premisa radical: los príncipes debían sublimar sus intereses nacionales en una búsqueda común de paz y justicia, dejando de lado el equilibrio de poder por principios cristianos de fraternidad (Kissinger,

2014, p. 59) Esta premisa, aunque basada en principios diferentes, se parecía al planteamiento idealista de Wilson de abandonar el equilibrio de poder por un mecanismo de seguridad colectiva, en el cual, para cada Estado la seguridad del conjunto de Estados poseía el mismo valor que su seguridad individual.

Habría que observar, sin embargo, que en el caso de Alejandro y la Santa Alianza, que ahora nos concierne, existían además otros propósitos y condicionamientos de naturaleza política, como veremos más adelante.

Como evidencia del considerable poder «blando» que Alejandro consiguió ejercer en este momento histórico (al igual que Woodrow Wilson en 1919) y que discutiremos más adelante, el zar ruso era visto como el principal promotor de la idea de una suerte de confederación europea, lo cual hizo que algunos lo llamaran el «emperador de Europa». Alejandro empujó como ningún otro estadista la cooperación y la unidad de Europa, llegando a proponer la creación de un ejército permanente europeo (lo cual fue rechazado por Austria y Gran Bretaña) (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p. 296, 298).

Kissinger afirma que la tarea de los negociadores en el Congreso de Viena (1814-1815) fue la de transformar la visión mesiánica de Alejandro en una realidad compatible con la continuación de la independencia de los Estados, dando así la bienvenida a Rusia al diseño del orden internacional pero sin verse asfixiados por su participación (Kissinger, 2014, p. 59).

En este sentido, podemos identificar los principios que guiaron a los negociadores más importantes en Viena (Alejandro de Rusia, Castlereagh de Gran Bretaña, Metternich de Austria, Hardenberg de Prusia, y Talleyrand de Francia), que fueron los siguientes: 1. Asegurar la legitimidad de las monarquías; 2. Restaurar a las dinastías derrocadas; 3. Prevenir revoluciones liberales y nacionalistas; 4. Asegurar la contención de Francia; 5. Establecer compensaciones territoriales para los países perjudicados por las guerras con Francia, y 5. Restaurar y preservar el equilibrio de poder en Europa.

Si queremos, sin embargo, entender mejor la dinámica central y los resultados principales de las negociaciones en Viena, para los propósitos de este artículo, debemos ir más allá de la afirmación general de Kissinger y tratar de conocer, en primer lugar, cuáles eran los antecedentes y cuál fue la interacción de los intereses de Gran Bretaña y Rusia.

Gran Bretaña, que era la indiscutible potencia marítima y comercial de Europa, tuvo, desde principios del siglo XIX, dos propósitos fundamentales en su política exterior: que no se obstaculizara su comercio en Europa y que no surgiera ninguna coalición marítima que pudiera amenazar su supremacía naval. Concretamente, temía la posibilidad de una supremacía continental de Francia o de Rusia.

La realidad era que frente a la supremacía marítima de Inglaterra se perfilaba la tendencia dominante de Rusia, de naturaleza terrestre pero que, como la supremacía británica, pretendía también ir más allá de Europa.

Como observa Henri Pirenne, estas dos voluntades de dominio, rusa y británica, se van a expresar en dos políticas que no cesan de enfrentarse y que van a constituir la trama sobre la que se dibujará la orientación no solo de Europa sino del mundo en el resto del siglo XIX.

Londres, para mantener su preponderancia marítima fuera de toda discusión, pretende organizar el equilibrio de poder entre las potencias continentales.

Rusia, en cambio, busca establecer su supremacía sobre Europa y Asia e imponer un equilibrio de poder entre las potencias marítimas (Pirenne, 1961, pp. 280-281).

En 1804 Rusia había propuesto una alianza a Gran Bretaña, buscando crear una suerte de supremacía compartida que asegurara la paz mundial. Esta propuesta no cristalizó debido, sobre todo, al entendimiento al que llegó Rusia con Napoleón en 1807, después de que este la derrotara en dos oportunidades (Tratado de Tilsit).

Cuando las dos potencias llegaron a pactar una alianza, en 1811, fue básicamente para el propósito de combatir a Napoleón. Después de la firma del primer Tratado de París (1814), que selló la derrota de Napoleón, quedó en evidencia la oposición entre las políticas rusa e inglesa. Se deshizo la alianza de 1811 y Alejandro intentó contrarrestar en todos los dominios la política británica (Pirenne, 1961, pp. 278, 286, 288).

Cuando se reanudan las negociaciones en Viena, después de haber sido interrumpidas por el retorno de Napoleón (1815), la preeminencia de Rusia había disminuido y aumentado la inglesa, por el triunfo de Wellington en Waterloo.

Al final, Inglaterra consigue sacar adelante un doble sistema de alineamiento de las potencias que la erige como árbitro del Congreso:

a. Originalmente contra Francia, organiza, junto con Metternich, la Cuádruple Alianza (1814), integrada por Rusia, Austria y Prusia. Francia se une a ella en 1818.

Esta alianza, en tanto que mecanismo de seguridad colectiva, también servía al propósito de prevenir una hegemonía rusa (Pirenne, 1961, pp. 291, 383-384)

b. Contra Rusia, logra un entendimiento secreto con Austria y Francia.

Por su parte, Alejandro, ante la creación de la Cuádruple Alianza, establece formalmente la Santa Alianza en 1815 (con Austria, Francia y Prusia), intentando sacudirse de la tutela británica. Su idea era constituir una sociedad de naciones, liderada

por Rusia, que le facilitara formar un bloque de Estados marítimos opuesto a Gran Bretaña (Pirenne, 1961, p. 299).

Gran Bretaña salió del Congreso de Viena como la primera potencia mundial.

Alejandro, por su parte, consiguió formar la Santa Alianza y hacerla operar, por unos años, de acuerdo a sus designios y a los de Metternich. También ganó casi todo el territorio que solicitó, aunque debió aceptar una menor extensión de Polonia.

Es importante, en segundo lugar, examinar la vinculación de los intereses de Austria y Rusia y el rol de Metternich en los acuerdos de Viena.

Alejandro y Metternich estaban de acuerdo en hacer de las alianzas (la Cuádruple Alianza y la Santa Alianza) órganos de reacción e intervención contra los avances del nacionalismo y la democracia.

Por su situación interna e internacional en Europa, Austria era la enemiga principal del liberalismo y el nacionalismo. Metternich diseñó el célebre sistema conocido por su nombre, el sistema de Metternich, como un plan maestro para la preservación de los dominios de los Habsburgo, básicamente a través de una política de fomentar la división dentro de ellos, incluso dentro de la confederación alemana (Thomson, 1966, pp. 130-131).

Por otro lado, Metternich no solo deseaba establecer medidas para evitar el resurgimiento de una amenaza francesa; también quería crear un mecanismo que permitiera resolver cualquier intento de Francia de explotar las discrepancias que ciertamente surgirían en el futuro entre las potencias europeas, por ejemplo entre Austria, Rusia y Turquía. Estas discrepancias deberían poder resolverse prontamente y de la manera menos perturbadora. Para ello era necesario poner en funcionamiento un *Concierto de Europa*, de alguna manera similar al que había funcionado exitosamente para los fines de derrotar a Napoleón.

Metternich ideó un sistema de congresos periódicos en los que las grandes potencias se pondrían de acuerdo para arreglar todas las disputas que pudieran amenazar la paz de Europa. Este sistema revelaba la prevalencia de los propósitos y métodos de las fuerzas conservadoras en el Concierto (Thomson, 1966, pp. 134-135).

El sistema de congresos funcionó bien hasta 1823 (Congreso de Verona), en cuanto resolvió conflictos y preservó el equilibrio de poder, pero trajo un abuso de la intervención conjunta en muchos estados de Europa, de acuerdo con los intereses de la Santa Alianza, sobre todo Austria y Rusia. Después de 1823 se acentuó la división entre las potencias que apoyaban la intervención y Gran Bretaña, que la resistía. Más

aun, la revolución por la independencia de Grecia, a lo largo de la década de 1820, vino a dividir a las mismas potencias conservadoras.

Gran Bretaña, a través de su nuevo ministro de relaciones exteriores, Canning (por el suicidio de Castlereagh) se retiró del sistema de Viena en 1823. Continuó la política de no intervención que desde un principio había seguido Castlereagh y adquirió una reputación de simpatía por el liberalismo. Finalmente, la intervención británica en Portugal (1826), evitando una invasión española, puso a Londres en una posición de facto contra las demás potencias.

La Santa Alianza, el gran proyecto de Alejandro, se debilita no solamente por la división entre sus miembros respecto a Grecia y la oposición política de Gran Bretaña a la intervención grupal. La Armada británica se presenta como un poderoso elemento disuasivo para emprender acciones conjuntas en ultramar, particularmente en las Américas, donde la Doctrina Monroe de EEUU se suma en diciembre 1823 a la oposición británica.

Es interesante percibir la forma en que, por un lado, la intención de intervenir en América de la Santa Alianza parece relacionarse con los avances rusos en el continente y, por otro lado, la Doctrina Monroe constituye también una respuesta a la creciente presencia rusa en el Nuevo Mundo.

Pedro el Grande había auspiciado, como hemos visto, la expedición de Bering a Alaska, así como el fallido intento de este explorador de llegar a territorios del actual México como representante del imperio ruso en 1741. Cuarenta años más tarde (1784) Rusia ocupó la isla de Kodiak en Alaska y en 1804, con Alejandro en el trono, ocupa Nuevo Arcangel (Sitka) cerca del actual Canadá. En 1812, se produce el primer asentamiento ruso en suelo americano, al sur de Alaska, denominado Fort Ross (derivado de Russiya), en las costas de California.

En 1821, Alejandro decretó que todo el territorio de la costa pacífica de Norteamérica hasta los 51 grados de latitud norte pertenecía a Rusia (cubriendo gran parte de lo que sería después el estado de Oregon). El imperio ruso carecía en esos momentos de los medios para hacer respetar este reclamo territorial.

Alejandro buscó con la Santa Alianza, como bien sabemos, recuperar las colonias españolas en América. El deseo de retornar estos pueblos a sus «legítimos dueños» era manifestación de una intención de reestablecer el imperio europeo en América, esta vez con un nuevo y pujante componente ruso.

Entre 1820 y 1825, Alejandro tuvo serios problemas internos en su gobierno, que debilitaron su liderazgo internacional y volvieron más rígido y notorio su conservadurismo. Se manifestaron fuertes presiones, incluso revolucionarias, en Rusia por

plasmar reformas liberales que él había postergado. El gran monarca falleció inesperadamente en 1825, a la edad de 47 años.

Haciendo una evaluación retrospectiva del impacto internacional de Alejandro, podemos apreciar que heredó de Pedro el Grande y Catalina una Rusia que poseía ya un poderío militar y económico suficiente para tentar la supremacía europea. Personalmente, poseía una acentuada vocación de liderazgo internacional, inculcada por su abuela, Catalina.

En pos de conseguir una verdadera posición hegemónica para Rusia, Alejandro logró convertirse en abanderado de poderosas ideas reaccionarias, consustanciales al Estado ruso y su evolución, las cuales generaron inicialmente una fuerte resonancia y empuje internacional, pero que en el fondo iban contra la corriente intelectual y política dominante de su siglo (de manera similar a la posición del liderazgo imperial de España en el siglo XVII). Estas ideas eran: la preservación y aun la restitución de imperios frente al nacionalismo; la defensa de la autocracia frente al liberalismo y la democracia; y la exacerbación del componente religioso de la política, frente al secularismo.

Hasta el reinado de Catalina, como hemos visto, en el terreno de las ideas, Rusia había sido un dedicado consumidor de las doctrinas seculares de Occidente, las cuales coexistían difícilmente con sus tradicionales convicciones religiosas, sin permitirle aspirar a un rol de liderazgo en el plano político-intelectual en Europa.

En la coyuntura contrarrevolucionaria que le toca vivir a Alejandro, después de la derrota de Napoleón, algunas de las ideas tradicionalmente más caras al Estado ruso adquieren un poderoso atractivo para las fuerzas del *statu quo* en el continente.

En este momento, Alejandro encuentra un entendimiento con Metternich, que les permite a ambos plasmar una ola de intervenciones contrarrevolucionarias mediante la Santa Alianza. Pero Austria se distancia de Rusia, porque entran en fricción los intereses imperiales de las dos potencias y porque las aspiraciones y capacidades austriacas son distintas a las de Rusia y la limitan a buscar preservar el equilibrio de poder europeo, el cual Rusia anhela trastocar a través del establecimiento de una hegemonía arropada como unión de Estados.

Las políticas que Alejandro inspiró para Rusia y la Santa Alianza en el caso de las Américas permiten apreciar la extraordinaria ambición y fuerza que tuvieron sus designios hegemónicos.

Al final, Gran Bretaña consigue prevalecer frente a Rusia y las demás potencias reaccionarias en el plano de la acción inspirada en ideas, a través de sus actitudes y acciones frente al liberalismo y al nacionalismo. Desarrolla estas en un juego hábil,

sirviéndose de intereses comunes con las potencias imperiales y a la vez siguiendo pragmáticamente sus intereses nacionales (como la construcción de su propio imperio), defendiendo ciertas grandes ideas políticas, inherentes a su propia evolución como Estado (liberalismo, democracia, secularismo) y aceptando otras ideas (nacionalismo) cuyo atractivo y potencial internacional sagazmente reconoce.

Estados Unidos se suma a Gran Bretaña para oponerse a los propósitos de intervención en suelo americano de la Santa Alianza, particularmente receloso de los avances de Rusia en Norteamérica.

Después de la caída del intento hegemónico de Alejandro, Rusia, sin embargo va a mantener su predominio militar en Europa, el cual animó a Nicolás I a lanzarse a realizar un gran intento de mejorar por la fuerza la posición rusa en la jerarquía internacional, en la guerra de Crimea. Pese a la derrota en Crimea, Rusia será capaz luego de sostener contra Gran Bretaña, un Gran Juego en el Asia Central, con tal pujanza y habilidad militar y diplomática que pasará a ser vista, dentro de una influyente doctrina geopolítica británica, como la principal potencia candidata a dominar el mundo.

5. La guerra de Crimea

La guerra de Crimea fue consecuencia de un intento ruso de mejorar por la fuerza su posición en el sistema mundial, treinta años después de su frustrada tentativa hegemónica de 1814-1825. Concretamente, Rusia buscaba acceso al mar Mediterráneo y control sobre las provincias cristianas del imperio otomano.

Del lado de sus principales oponentes, Gran Bretaña actuó fundamentalmente por un propósito de destruir, amparada en una alianza, el creciente poderío y avances de la potencia que percibía como su mayor rival a nivel mundial. Francia, por su parte, lo hizo por acercarse a Gran Bretaña, por un propósito de Napoleón III de fortalecer su posición interna, y, sobre todo, por volver al primer nivel de las grandes potencias, desplazando de este a Rusia.

Desde 1812, como hemos visto, Rusia era considerada la mayor potencia militar de Europa. Su rol como «gendarme» del continente se mantuvo con la sucesión de Alejandro I por Nicolás I (1825-1855), quien vio incrementado el respeto al poderío ruso con su papel contra las revoluciones de 1848 en Hungría y Francia (Kennedy, 1987, p. 172). En este momento, el ministro británico Palmerston afirmó: «solo Rusia y Gran Bretaña, entre las grandes potencias, se pueden mantener erguidas (frente a la marea revolucionaria)». El ejército ruso era considerado, dentro de Europa, tan superior en tierra como lo era en el mar la armada británica (Kennedy, 1987, p. 173).

Confiada en esta percepción, cuando Rusia encontró resistencia de Gran Bretaña y Francia a sus avances en el imperio otomano, evaluó que tenía suficiente poderío militar como para lidiar con las dos potencias que se le enfrentaban (Kagarlitsky, 2008, p. 192).

De manera particular, entre los intereses principales de la política exterior británica se encontraba desde hacía más de medio siglo la defensa del declinante imperio otomano de las pretensiones territoriales de Rusia, con el objeto de evitar que esta se pudiera convertir en potencia dominante en el Cercano Oriente (otros intereses fundamentales de Londres eran: regular el equilibrio europeo de poder, mantener una supremacía naval y comercial, y proteger las rutas marítimas de Gran Bretaña a la India).

En 1853, el zar Nicolás I había realizado una propuesta secreta a Londres de dividirse entre ambos el imperio otomano, «el hombre enfermo de Europa», donde Rusia tomaría bajo su control las naciones cristianas del imperio y ocuparía Constantinopla. Londres no aceptó la propuesta rusa (Hayes y Moon, 1940, p. 552).

En realidad, Gran Bretaña peleó en Crimea, al lado de Francia, más que para frenar a Rusia, para reducir su poderío. Planeaba hacer retroceder a Rusia y quitarle la mayor parte de los territorios que había ganado desde mediados del siglo XVIII en el mar Negro y el Cáucaso, así como negarle un acceso irrestricto al Mediterráneo.

Francia, por su parte, que en población era la segunda entre las grandes potencias, detrás de Rusia, había experimentado un resurgimiento de su poder bajo Napoleón III. El monarca habría visto en la guerra contra Rusia la ocasión para que esta cayera de su posición expectante entre las grandes potencias y su lugar pudiera ser ocupado por Francia (Treitschke, 1963, p. 291).

La razón inmediata de la guerra fue una disputa más bien trivial que no justificaba el conflicto. Se trató del rechazo de Turquía a la demanda del zar de asumir la protección de los cristianos en el Imperio otomano, en el mismo momento que a Francia le hacía concesiones en este terreno. Como reacción, evidentemente exagerada, Rusia ocupó las provincias de Moldova y Valaquia (Rumania). Turquía le declaró la guerra y a continuación Rusia hundió la flota turca en el mar Negro (en el combate de Sinope, 1853).

En este caso, la amenaza que Rusia planteaba al resto de Europa no era muy grande, pero Gran Bretaña y Francia parecieron no entenderlo así. Respaldada por una fuerte opinión pública, Gran Bretaña declaró la guerra en 1854 y al mismo tiempo lo hizo Francia. Por otro lado, Austria y Prusia decepcionaron a Rusia decidiendo permanecer como neutrales.

En realidad, Gran Bretaña sabía que carecía del poderío terrestre necesario para derrotar a Rusia; Francia, por su parte, prefería no emprender sola este considerable intento.

Después de la caída de Sebastopol, en 1855, que selló la derrota rusa, Palmerston, buscando infligir un mayor daño a Rusia, quiso continuar la guerra, pero la renuencia de Francia determinó que no fuera así. Al final, la gran potencia rusa fue derrotada por una coalición de potencias (también participó Piamonte).

El Tratado de París (1856), que cerró la guerra de Crimea, logró negar a Rusia que ejerciera la protección del mar Negro. Rusia respondió a esta barrera en los años siguientes optando por fortalecer su avance en el Asia Central, como veremos enseguida.

Tendrían que pasar veinte años (en una nueva guerra con Turquía en 1877) para que Rusia volviera a intentar ganar acceso al Mediterráneo a expensas del Imperio otomano.

En Crimea, Rusia mostró grandes deficiencias y perdió casi medio millón de hombres, pero para Francia y Gran Bretaña la guerra no fue nada fácil (Kennedy, 1987, p. 177). Los malos resultados para los aliados al promediar la guerra motivaron un cambio de gobierno en Gran Bretaña, haciendo que Palmerston asumiera la jefatura.

A consecuencia de Crimea, Rusia perdió autoestima. Vio también bastante disminuida la preeminencia que había tenido en 1815 y 1848. La derrota demostró que habían quedado atrás los días en que Rusia era considerada la superpotencia europea (Landers, 2009, p. 238).

En realidad, un tanto paradójicamente, a partir de 1815, cuando Rusia era más temida y respetada entre las grandes potencias, al mismo tiempo que Europa estaba siendo silenciosamente transformada por la industrialización, la situación rusa resultaba bastante diferente a su apariencia: el territorio y el ejército eran enormes pero la economía y la sociedad débiles y vulnerables. La agricultura de Rusia era primitiva, su industria avanzaba lentamente y la estructura de clases de su sociedad era asfixiante.

La disposición del zar a determinar que su ejército y su pueblo sufrieran colosales privaciones para lograr sus objetivos hacía que su poderío pareciera más grande de lo que era. La reputación y el tamaño del ejército ruso no habían dejado percibir los problemas de capacitación de sus oficiales y de logística de los que adolecía.

Precisamente, como reacción frente a la derrota de Crimea, Rusia emprendió importantes reformas internas, entre ellas, la abolición de la servidumbre y un impulso a la industrialización del país.

La economía de Rusia comienza a recuperarse a partir de 1860, a base de su crecimiento industrial. En esta década Europa vivía los últimos años del apogeo de la hegemonía británica (1815-1865). Pese a que la influencia de Gran Bretaña en la diplomacia europea había menguado debido al ascenso de la *realpolitik* de Bismarck y a que la confederación alemana era el actor más dinámico en el continente, Londres continuaba sintiendo más temor hacia Rusia y Francia que hacia Alemania. La primera era la única gran potencia europea cuyos intereses imperiales rivalizaban en escala con los de Gran Bretaña.

6. El gran juego

En este contexto de recuperación de Rusia y de un incipiente debilitamiento de la hegemonía británica, examinemos a continuación el progreso de la expansión territorial rusa, más allá de las estepas, hacia las comunidades agrarias y urbanas del Asia Central, que la llevó a enfrentarse con Gran Bretaña, especialmente durante la segunda mitad del siglo XIX.

Esta contienda fue denominada el «Gran Juego» y ha sido considerada la rivalidad imperial más dramáticamente definida en la época moderna. (La expresión se habría originado en el capitán inglés Arthur Connally, en Afganistán en 1841, quien dijo que «quería jugar un papel importante en el gran juego», en Asia Central).

Se trató de una lucha opaca por el control de Asia Central que según John Seeley (1883) «era para la Inglaterra del siglo XIX lo mismo que la competencia con Francia por el Nuevo Mundo en el siglo XVIII y que tuvo tal impacto en la intelectualidad británica que inspiró la gran teoría geopolítica de Halford Mackinder de que el control del «Corazón del Mundo» por una gran potencia le aseguraría a esta el dominio del mundo.

En efecto, diplomáticos y generales ingleses percibían un paralelo entre las grandes conquistas de Gengis Khan en el siglo XIII, a partir de las estepas, y la expansión rusa del siglo XIX, auxiliada significativamente por las innovaciones del ferrocarril y el telégrafo.

Rusia y Gran Bretaña nunca llegaron a un conflicto directo en la región, pero causaron dos guerras en Afganistán (1839-1842 y 1869-1879). El Gran Juego provocó también el control de Egipto por Gran Bretaña (1882) y la división informal de Persia, entre rusos e ingleses, en sendas esferas de influencia.

Gran Bretaña protegía celosamente sus intereses en todos los países que se encontraban en su ruta hacia la India y quería mantener un indisputado control del subcontinente.

En 1800, los dos imperios estaban a 3200 kilómetros de distancia en el Asia Central; en 1876, por los avances rusos, la distancia entre ellos se había reducido a 1600 kilómetros; a fines del siglo XIX, estaban a solo 30 kilómetros de distancia en la meseta de Pamir (Landers, 2009, p. xxii).

Después de los tártaros, que Rusia venció entre mediados del siglo XVI y el siglo XVIII, en las estepas, los *kazaks* (o *kirguiz* para los rusos) constituyeron una segunda línea de resistencia a su avance en esta vasta región, que recién pudo ser doblegada desde 1850.

Las nuevas conquistas rusas en la región, a expensas principalmente de los kanatos de Kiva y Kokand y del emirato de Bukara, ocurrieron entre 1850 y 1880. Ellas incluían fines comerciales que aprovecharían la construcción de un ferrocarril transiberiano para captar el comercio entre Europa y Asia.

Mientras que los europeos se dedicaban a conquistar el África, Rusia, recuperada de Crimea y viendo bloqueados sus avances hacia el oeste y el sur, se concentró en el Asia Central.

Cuando las tropas rusas llegaron cerca de Tashkent, en 1864, hubo gran alarma en Europa, especialmente en Gran Bretaña (Harris, 1926, p. 85). Rusia afirmaba que solo buscaba crear una frontera segura, defendible, en el Asia Central, avanzando hasta tener contacto con comunidades organizadas como Kiva y Bujara.

En 1868, el ejército ruso se enfrentó y derrotó a una coalición de todas las fuerzas del Asia Central y a partir del año siguiente Rusia negoció con Gran Bretaña (1869-1870) una serie de acuerdos sobre un sistema de Estados-tapón en la región. Kiva, Bujara y Kokand, al norte, estarían bajo protección rusa, en tanto que el kanato de Kelat, Afganistán y Yarkand, al sur, bajo control de Gran Bretaña.

Sin embargo, poco después Rusia se anexó formalmente Kiva y Bujara, y luego Samarcanda en 1873, dejando en claro que no respetaba los acuerdos y que avanzaba hacia Afganistán.

En 1878, Londres demandó que Afganistán aceptara la presencia de un representante británico en su territorio, que contrapesara la influencia rusa. Ante la negativa afgana, estalló una segunda guerra de Gran Bretaña con este país (la primera, también por temores británicos a la influencia rusa, había sido en 1839-1842).

Por su parte, Rusia, después de haber conseguido la cesión por China de territorio en el Turquestán (1881), avanza hacia Herat (Afganistán) en 1885. Ante la amenaza de una guerra con Gran Bretaña, sin embargo, Rusia acepta una negociación que determina la frontera de Persia con Afganistán en 1887. En 1895 acuerda con Londres el establecimiento de esferas de influencia en Afganistán.

A partir de 1890, tras las conquistas, avanza la colonización rusa del Asia Central. En 1910 la región queda conectada por ferrocarril con Rusia.

Las ganancias territoriales rusas en el Asia Central se realizaron a base de una diplomacia y acuerdos de carácter secreto, fomentando la división de las tribus y volviendo necesaria la intervención militar rusa.

Desde la década de 1850, muchos ingleses habían visto con extrema preocupación las ambiciones de Rusia en el Asia Central. Dudaban de que Rusia realizara grandes esfuerzos solamente para ocupar Turquestán y temían que buscara disputar la posesión de la India.

En realidad, Rusia se valió de la región, en gran medida, para proveerse de algodón, pues fomentó significativamente su cultivo. Por otro lado, además de los propósitos comerciales ya referidos, en el plano político internacional los avances de Rusia parecían estar encaminados a obligar a Gran Bretaña a colocar más fuerzas en la India disminuyendo las fuerzas británicas cerca de Constantinopla, lo cual facilitaría a Rusia su viejo anhelo de dominar el Bósforo y conseguir un acceso soberano al Mediterráneo (Harris, 1926, p. 152).

En este sentido, es pertinente recordar que en 1877 Rusia invadió una vez más el Imperio otomano, alegando como motivo la represión que este hacía del nacionalismo en los Balcanes. En 1878, sitió Constantinopla y logró la suscripción del Tratado de San Stefano, en términos muy favorables. Consiguió acceso al Mediterráneo a través de un Estado satélite, Bulgaria.

Gran Bretaña, alarmada por este hecho, despachó la flota hacia Constantinopla y Rusia se vio obligada a aceptar los acuerdos del congreso que se celebró en Berlín (1878) donde el primer ministro británico Disraeli fue la figura central. Bulgaria fue dividida y así se negó, una vez más, el acceso ruso al Mediterráneo.

La importancia que atribuía Gran Bretaña a su consistente posición de mantener a Rusia sin disponer de un puerto de aguas templadas se refleja, por ejemplo, en una declaración de lord Curzon (que llegó a ser virrey de la India) en 1892, en el sentido de que Londres contemplaría el otorgamiento de un puerto en el golfo Pérsico a Rusia como una provocación de guerra (Meyer y Brysac, 1999, p. 555).

Para otros observadores, Rusia parecía buscar políticamente con sus avances en el Asia Central una alianza con Gran Bretaña. Según esta visión, Rusia asumía que Londres, afligido por los gastos que le significaba mantener fuerzas en la India para contenerla, eventualmente concertaría una alianza con ella que resultara beneficiosa para ambas partes (Harris, 1926, p. 152). Dando fuerza a esta visión, en agosto 1907 se logra un importante entendimiento entre los dos imperios con la suscripción de

un tratado anglo-ruso. En estos momentos, Rusia, como Gran Bretaña, tenía razones para preocuparse por un nuevo rival: Alemania, la cual con su creciente amistad con el imperio otomano amenazaba la influencia rusa en el Cercano Oriente.

La contienda con Rusia por el Asia Central tuvo un intenso impacto en Gran Bretaña, el cual parece haber perdurado hasta nuestros días en ciertas doctrinas angloamericanas referidas al comportamiento internacional de Rusia.

En la década de 1850, muchos ingleses, temerosos de las ambiciones rusas en el Asia Central, creían que era esencial que Londres se opusiera firme y sistemáticamente a los avances rusos en distintos puntos de la región, formulando de esta manera una temprana «doctrina de la contención» análoga a la que Estados Unidos plantearía 100 años después frente a la Unión Soviética (Meyer y Brysac, 1999, p. xxiii).

En cuanto a la «grandiosa» teoría geopolítica de Mackinder y el designio secular de frenar los avances y el ascenso de Rusia, Meyer y Brysac (1999) señalan que en 1888 lord Curzon decidió viajar en el nuevo ferrocarril ruso, que avanzaba más allá del mar Caspio, y luego dio una conferencia en Londres, a la cual asistió Mackinder.

Curzon afirmó en ella que la nueva movilidad que adquiriría Rusia en el Asia Central le daba una fortaleza interna que asumía amenazantes perspectivas para el poder marítimo británico. Los ferrocarriles transcontinentales estaban transformando las posibilidades del poder terrestre y en ninguna parte tanto como en el cerrado «Heartland» de Asia, donde Rusia reemplazaba ventajosamente al imperio mogol, a través de la movilidad que le daban el ferrocarril y el telégrafo.

Inspirado por Curzon, Mackinder en 1904, al formular su teoría se refirió al «pivot area» o «Heartland» del mundo como el área de expansión de Rusia. Predijo que el control de la Heartland le daría un poder extraordinario al estado que lo tuviera y que facilitaría su expansión hacia la periferia inmediata y al mundo entero. En la terminología de Mackinder, quien controla la Heartland, controla la «Isla del Mundo» (Eurasia) y quien controla la Isla del Mundo, controla el mundo. Unos lustros más tarde, Haushofer, el teórico geopolítico del nazismo, se habría basado en esta teoría para justificar la alianza de Alemania con Rusia; el norteamericano James Burnham en 1945 (en su artículo *Lenin's Heir*) habría considerado a Stalin como heredero de los grandes conquistadores mogoles (Meyer y Brysac, 1999, pp. 565-569). Debemos agregar que la teoría de la «Rimland» de Nicholas Spykman (1942) y los planteamientos contemporáneos de Brzezinski (1998) se derivan también de la gran teoría de Mackinder.

7. El Extremo Oriente, Japón y la Revolución de 1905

La expansión de Rusia en el Extremo Oriente se reactiva a partir de 1848 y se intensifica en la última década del siglo, llevándola a fricciones y conflictos con China y Japón.

En 1686, como vimos, Rusia había firmado un tratado con el imperio chino que formalizaba su repliegue del valle del Amur y de Manchuria. Esto se dio en un período de fortaleza militar de China, que entre 1724 y 1764, le permitió conquistar Uurumchi y Yarkand hasta el oeste del lago Baikal y en 1780 el Tibet. La dinastía Qing (1644-1912) retuvo Mongolia, parte de Siberia al noreste de Mongolia y la cuenca del Amur hasta mediados del siglo XIX.

Entre 1848 y 1857 las fuerzas rusas incursionan nuevamente en el valle del Amur, ocupando su zona baja. En 1860, Rusia consigue la cesión china del norte del Amur.

Al mismo tiempo, de manera unilateral se anexa territorio chino, a lo largo del río Amur, al norte de Manchuria, incluyendo Khabarovsk y hasta el océano Pacífico, donde establece Vladivostok como una base militar.

En la guerra sino-japonesa de 1894-1895, el triunfador Japón captura la península de Liaotung y obliga a China a que le conceda esta en alquiler. La triple intervención diplomática de Rusia, Alemania y Francia, sin embargo, fuerza a Japón a renunciar a esta concesión y es Rusia la que obtiene en 1898 el alquiler de la península de Liaotung.

Rusia convirtió la base naval china de Puerto Arturo, el primer puerto que consiguió en el Pacífico, en el cuartel general de su flota en este océano, ocupando una ubicación estratégica y sin problemas de congelamiento. Esto aumentó las tensiones con Japón.

Después de detener los avances japoneses, Rusia emprendió una activa política expansionista en los siguientes diez años, discutiendo incluso la división de China con Gran Bretaña (Gilbert, 2002, p. 67).

Rusia se expandió hasta la frontera con Corea, llegando a ganar por un momento control de gran parte del país, utilizando tácticas comunes del imperialismo de la época: entrenando a las tropas coreanas, administrando las aduanas y estableciendo un banco ruso-coreano. Sin embargo, en 1898, por la Convención Rosen-Nissi, Rusia debió ceder su posición dominante a Japón (Landers, 2009, pp. 325-326).

Sin embargo, Londres, alarmado todavía por los progresos de Rusia en la región y ante la renuencia de Alemania a oponerse a estos, concertó una alianza defensiva con Tokio en 1902. Este mismo año, mientras que Japón completaba un programa de expansión naval, asistido por Gran Bretaña, Rusia efectuaba mejoras en su flota del Pacífico. Al año siguiente, Rusia anunció que no cumpliría con el compromiso que había asumido de retirarse de Manchuria y más bien fortaleció su posición en ella.

En 1904 Japón inicia una guerra con Rusia destruyendo por sorpresa dos barcos de guerra rusos en Puerto Arturo. Ante la envergadura de la flota japonesa, la vulnerabilidad de depender solamente del ferrocarril transiberiano (que recién se completaría en 1905), y la imposibilidad de disponer de su flota del mar Negro (por tratados internacionales) para enfrentar a Japón, Rusia decide improvisar y despachar una flota de refuerzo desde el mar báltico en octubre 1904. Esta recién pudo llegar al escenario de la guerra en mayo de 1905 (cuando Puerto Arturo ya había caído ante la ofensiva japonesa) porque Gran Bretaña le negó el paso por el canal de Suez y debió emprender la ruta del cabo de Nueva Esperanza. La débil flota rusa fue sorprendida y destruida por la flota japonesa en los estrechos de Tsushima (entre Japón y Corea).

La guerra terminó por la intervención del presidente norteamericano, Teodoro Roosevelt. Rusia tuvo que renunciar a sus aspiraciones a Puerto Arturo, Corea y Manchuria. Un acuerdo secreto entre Estados Unidos y Japón dejó las manos libres a este último en Corea, mientras que Tokio, a su vez, aceptaba la ocupación americana de Filipinas (Landers, 2009, p. 328).

En 1905 frente a Japón, como en 1854 en Crimea, Rusia volvió a mostrar sorpresivamente debilidades militares de preparación y planeamiento. Estuvo lejos de sufrir una derrota total o concluyente; en gran medida la derrota fue consecuencia de factores circunstanciales, tales como una alianza rival, un escenario remoto y sus propias decisiones apresuradas, como hemos visto. Ocurrió en un período, desde el último cuarto del siglo XIX, que estuvo más bien marcado por éxitos militares y diplomáticos de Rusia, aunque con algunos reveses.

La impactante derrota de 1905 de una gran potencia occidental por un Estado asiático representó el momento de quiebre de los intentos hegemónicos de la Rusia zarista (ciertamente sobreextendida en sus recursos en Europa, el Cercano Oriente, Asia Central y el Extremo Oriente). Al mismo tiempo configuró una coyuntura que fortaleció decisivamente el descontento y los movimientos revolucionarios internos que se habían venido incubando, con gran empuje y diversidad (por campesinos, intelectuales, y proletarios), en la Rusia decimonónica.

La revolución de 1905, efectuada por elementos liberales y socialistas, debilitó decisivamente al antiguo régimen y estuvo a punto de derribar al zar, quien se vio obligado a aceptar reformas liberales, aunque de corta duración. Representó un primer ascenso de los soviets que serían el actor decisivo en octubre de 1917. Significó también el nacimiento de la desconfianza de los radicales socialistas hacia sus aliados liberales y su aprendizaje de la importancia de comprometer sólidamente a los soldados en la revolución, elementos que aseguraron el triunfo de la Revolución bolchevique.

8. El siglo corto soviético, 1917-1991

Dando un vuelco de 180 grados en su secular trayectoria conservadora y aun reaccionaria, con el triunfo de la Revolución bolchevique, Rusia adopta como ideología de Estado el marxismo, adaptado por Lenin y posteriormente por Stalin.

De acuerdo con la perspectiva marxista de la historia, persigue extender la revolución socialista por el mundo, que busca la supremacía política de los trabajadores y la abolición de la propiedad privada.

Si bien parecía improbable que tal revolución triunfara en Rusia, debido a las características del Estado zarista, no era que Rusia careciera de movimientos revolucionarios ni de pensadores sociales reformistas. Ambos fenómenos, aunque sin mayor éxito, fueron notables en Rusia durante el siglo XIX.

Lo que resulta llamativo es que los nuevos gobernantes rusos utilizaran prontamente esta revolución para tentar nuevamente un rol de liderazgo mundial.

Apenas llegado al poder, Lenin lanzó al mundo una declaración en la cual no solamente se refería a las condiciones deseables de la paz sino también invitaba, especialmente a los trabajadores de todas las naciones, a crear un nuevo orden socialista planetario.

Dos meses después, el presidente de la nación que parecía llamado a liderar al mundo después de la guerra, Woodrow Wilson, presentaba al Congreso norteamericano una propuesta para establecer un orden liberal internacional, que en cierta medida podía verse como una alternativa y una respuesta al mensaje de la Rusia soviética.

Al acabar el siglo XVIII Rusia era un imperio respetable y una gran potencia pero carecía de liderazgo internacional en el campo de las ideas. Con Alejandro, pudo asumir este rol brevemente pero las ideas que enarbó defendían un *statu quo* que se estaba desmoronando. Más adelante en el siglo XIX, el principal estandarte para el expansionismo ruso era el paneslavismo, es decir la unificación de los eslavos de los imperios otomano y austrohúngaro bajo el gobierno ruso. Ahora, con la Revolución bolchevique, Rusia proponía a las naciones del mundo sacar adelante una visión ideal y progresista de cambio que era potencialmente atractiva, sin distinción de razas, para las mayorías de la humanidad.

Rusia disuelve su imperio y vuelve una mala palabra el imperialismo. La Internacional Socialista se convierte en 1919 en la Internacional Comunista (*Comintern*) y comienza a servir al propósito de avanzar una revolución mundial desde el Estado soviético, contando entre sus adeptos más entusiastas a los movimientos nacionalistas de las colonias de los imperios occidentales, que veían en ella la mejor herramienta para sacudirse del yugo imperial.

Con el ascenso de Stalin al poder, la Unión Soviética pone una mayor atención en su desarrollo interno («la construcción del socialismo en un Estado») y logra transformarse en solo diez años en una potencia industrial, aunque privilegiando su industria pesada y militar y sacrificando las demás áreas de la economía, como los bienes de consumo, el comercio minorista y la maquinaria y producción agrícola.

Se convierte en objeto de admiración internacional, no solamente por sus avances industriales sino también por los estándares de salud y educación que alcanza, comparables a los de los Estados más avanzados de Europa. Para los países económicamente atrasados es un nuevo modelo de industrialización no capitalista.

Su política exterior es desconcertantemente pragmática, buscando básicamente proteger la continuidad de su proceso revolucionario. En Rapallo (1922) se acerca a la castigada Alemania, su rival ideológico, y en 1939 acuerda con Hitler un pacto secreto de no agresión (1939) que da a este la confianza necesaria para iniciar la guerra por el oeste.

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, quedan dos colosos, Estados Unidos y la Unión Soviética, a la cabeza de la sociedad de Estados. Esta última, con un nuevo conjunto de naciones subordinadas, intensifica inicialmente la contienda por el liderazgo mundial con un rival que es mucho más poderoso económicamente.

La URSS alcanza rápidamente la paridad militar con EEUU y lo supera en la lucha tecnológica por la conquista del espacio sideral. Pero avanza hacia la derrota en la competencia económica e ideológica. En esta última, hay que subrayar que nunca llegó a producir ideas que pudieran competir con la filosofía y las ciencias sociales occidentales.

Kruschev estima que después de sus avances militares en defensa y tecnología espacial, a la URSS le queda solamente alcanzar los niveles de vida de la sociedad norteamericana. Y al trazarse este objetivo comete un error fatal que va a contagiar a la generación siguiente de líderes rusos y a dañar insanablemente la ideología del comunismo soviético.

La economía de la URSS no había sido establecida para crear opulencia ni diversidad. Privilegiaba estructuralmente a las industrias pesadas y de la defensa; no tenía lugar para las industrias de consumo. Estaba diseñada para producir masivamente hacia la satisfacción de las necesidades básicas de la población.

La incapacidad de la economía soviética de proporcionar los bienes que mostraba la industria capitalista fue creando un equivocado y pernicioso sentimiento de insatisfacción e inferioridad en las elites y la población de la Unión Soviética, el cual se acentuó con los contactos más estrechos permitidos por la *Détente* de los años 1970 entre las economías y sociedades del Oeste y el Este.

Por otro lado, la economía soviética sufría problemas generales de funcionamiento y estos trataron de ser solucionados a través de una mayor inserción en la economía capitalista mundial, sobre todo a través de la venta de petróleo. Esta adquirió un carácter de dependencia y trajo problemas muy serios a la URSS con la baja del precio del crudo (según algunos autores, favorecida por EEUU).

Finalmente, Gorbachev, un cuadro de la generación influenciada por las ideas de Kruschev, llega a ostentar el poder casi absoluto propio de los líderes soviéticos y con esta capacidad intenta cambiar la orientación esencial del comunismo en el sistema internacional así como las estructuras básicas de la economía y el gobierno de la URSS.

Considera básicamente que la competencia entre la URSS y EEUU debe ser reemplazada por la cooperación y que la primera debe volverse una democracia liberal.

Entre los aplausos interesados del mundo occidental, Gorbachev trata de desarrollar dimensiones liberales prácticamente inexistentes en la economía y la política soviética. A través de la *Glasnost* fomenta la crítica a las estructuras de autoridad del sistema, particularmente el Partido Comunista, socavando su legitimidad. Al mismo tiempo, busca cambiar radicalmente la economía, con la *Perestroika*, sin contar más con la influencia del actor que podía imponer orden en el cambio (el Partido Comunista). Al intentar reformar drásticamente un sistema que ya funcionaba mal, lo quiebra irreparablemente.

9. Tragedia y resurgimiento de Rusia

La URSS se desintegra en 1991. Después de un breve período marcadamente pro-occidental, entre 1991 y 1993, Moscú comenzó a reconsiderar su alineamiento con Washington por los malos resultados de las reformas económicas y por la percepción de su marginación en la discusión de los grandes asuntos internacionales (tales como la primera guerra del Golfo y la desmembración de Yugoslavia). Rusia se sintió maltratada como si hubiera sido un país militarmente derrotado.

Presionado también por el reagrupamiento de sectores nacionalistas y comunistas, Yeltsin, empezó en 1995 a reafirmar los intereses nacionales de Rusia y a demandar una efectiva participación en foros internacionales como el G8 y en la asociación OTAN-Rusia.

A partir de 1998, se inicia el ascenso de Putin, que lo convierte en presidente de facto en 2000. Pese al negativo impacto de la expansión hacia el este de la OTAN (1999), los primeros planteamientos de Putin son de un reacomodo negociado en sus relaciones con EEUU, pero sin encontrar acogida: en 1999 ofrece a Washington su ayuda en la lucha contra el terrorismo internacional, lo cual reitera después del 11 de setiembre de 2001. En esta oportunidad implica que aceptaría el liderazgo global

norteamericano si Washington consintiera sin cortapisas su influencia en el espacio postsoviético.

No obstante la transformación que revelaba esta postura de Putin, se considera que la declinación que Moscú inició en 1985 recién tocó fondo en 2004-2005, con el trágico desenlace de la crisis de los rehenes en la escuela de Beslan.

Al mismo tiempo que el alza de los precios del petróleo revitalizó su economía, a partir de 2006, Rusia decide volver a comportarse como una gran potencia: conduce ejercicios militares con China y luego con India; al lado de China, pide la retirada de las tropas norteamericanas del Asia Central; conversa con la administración palestina de Hamas, rechazada por EEUU y la UE, y le ofrece ayuda; rechaza las sanciones a Irán por sus programas nucleares y anuncia la continuación de su cooperación y venta de armas a Teherán.

La guerra de Georgia (2008) y el reconocimiento de las repúblicas secesionistas de Abjazia y Ossetia del Sur, marcan el resurgimiento de Rusia y su incursión en un escenario de política de poder que hasta entonces había estado reservado para las acciones de Washington.

Según Emmanuel Todd, Rusia se habría propuesto dos grandes metas con miras a recuperar el sitio soviético de la guerra fría: reestablecer su influencia en el espacio postsoviético y estrechar lazos con la Unión Europea (Todd, 2003).

El logro de la primera meta tropieza aparentemente con una férrea resistencia de EEUU, anclada en una preceptiva geopolítica que hemos visto se origina en el británico Mackinder, fue reformulada por Spykman, al comienzo de la guerra fría, y ha sido subrayada por Brzezinski (Brzezinski, 1998): impedir a toda costa que la potencia que controla el territorio de Rusia (el «corazón del mundo») extienda su control a la «rimland» o espacio colindante con los mares (para así prevenir que logre el control de Eurasia y del mundo).

Este designio norteamericano sería el que provocaría las sordas contiendas que Washington, la OTAN y Moscú han librado en el Cáucaso y vienen sosteniendo actualmente en Ucrania.

El acercamiento de Rusia a la Unión Europea, o a algunos de sus miembros más avanzados industrialmente, sobre la base de la complementariedad de sus economías, perseguiría obtener las tecnologías que permitan a Rusia desarrollarse como una genuina potencia industrial, superando finalmente una fatal limitación de su acelerada industrialización de los años 1930 y asegurando su viabilidad de largo plazo como gran potencia.

En efecto, las serias deficiencias iniciales de las industrias ligeras soviéticas significaron un fuerte *handicap* que, como hemos visto, acabó arrojando un trágico desenlace cuando los dirigentes del Kremlin pretendieron conseguir para su pueblo niveles de vida similares a los de los países altamente industrializados.

A las metas que señala Todd, habría que añadir un medular propósito ruso de generar una estrecha interdependencia con China. Ambas se convirtieron en socios estratégicos en 1996; en febrero de 2009 suscribieron un acuerdo amplio de cooperación energética; en junio del año pasado (2014) concertaron un ambicioso acuerdo gasífero, y en diciembre concretaron un acuerdo de canje de moneda, en virtud del cual China proporcionó a Rusia 24 mil millones de dólares para aliviar sus problemas derivados de las sanciones occidentales y la baja del precio del petróleo.

La vinculación de Rusia y China se ha plasmado también en la Organización de Cooperación de Shanghai, al lado de algunos Estados centroasiáticos, la cual, para muchos observadores, intentaría eventualmente perfilarse como un contrapeso a la OTAN.

Rusia es el protagonista más visible y activo entre los actores opositores a Washington, no solamente por su motivación de haber sido hasta hace poco una superpotencia sino también porque en su caso se encuentran ausentes las líneas de interdependencia que conectan a los demás actores principales con EEUU. Este fenómeno hace relativamente menos perturbadoras para Washington y Moscú las tensiones que puedan surgir en la relación bilateral y al mismo tiempo les otorga relativamente una mayor latitud para maniobrar en sus conflictos.

Las aspiraciones de Rusia bajo Putin parecen ser las de recuperar plenamente su estatus de gran potencia (cuya pérdida, según Putin, ha sido una tragedia) y al mismo tiempo alejar la posibilidad de un orden unipolar norteamericano, para lo cual busca desarrollar un contrapeso plural, ya sea con los BRICS o en un entendimiento con China. Las posibilidades de establecer una posición hegemónica para Rusia se limitarían a un escenario regional («Eurasia»). La plataforma de ideas de Putin es poco sofisticada, un encendido nacionalismo y una fuerte intervención en la economía que ha sido denominada «capitalismo de Estado» por Ian Bremmer (2010).

La explotación intensiva de recursos de petróleo y gas constituye el activo más valioso de Moscú para perseguir sus intereses internacionales. A ellos hay que agregar el poderío militar y el considerable porcentaje de población altamente calificada en ciencia y tecnología que posee el país. Entre los activos intangibles destacan el liderazgo de Putin, sólidamente asentado en cuadros de la ex KGB y los sentimientos de reivindicación del pueblo ruso, nutridos por sus percepciones de la caída y maltratos sufridos por su nación.

10. Conclusiones

En este trabajo hemos tratado de esbozar una perspectiva histórica para entender el actual resurgimiento de Rusia, proyectándonos más allá del apogeo y caída de la Unión Soviética e intentando mostrar que existen ciertas tendencias y rasgos de continuidad en el comportamiento nacional que ofrecen un mayor valor explicativo que los distintos regímenes e ideologías que ha tenido Rusia en los dos últimos siglos

Después de las notables reformas y acciones externas de Pedro el Grande y Catalina, en el siglo XVIII, el fortalecimiento interno y la expansión y ascenso internacionales de Rusia la dejaron en posición de desempeñar un rol continental expectante en el siglo XIX.

La Rusia que recibió Alejandro I poseía ya un poderío militar y económico suficiente como para tentar la hegemonía en Europa; sin embargo, en el crucial plano de las ideas era un mero seguidor de Occidente. El monarca, que tenía una acentuada vocación de liderazgo internacional, convirtió a Rusia en la primera potencia militar de Europa, con su victoria sobre Napoleón. Al mismo tiempo la llevó, a través de sus habilidades diplomáticas y la conducción de la Santa Alianza, a ejercer por primera vez un liderazgo no solo político sino también en el terreno de las ideas, volviendo a Rusia un paladín de la contrarrevolución europea y una abanderada de los ideales de la monarquía, el imperio y la supremacía de los valores religiosos. Las políticas que Alejandro inspiró para Rusia y la Santa Alianza en el caso de las Américas, aunque fallidas, permiten apreciar la extraordinaria ambición y fuerza que tuvieron sus desig-nios hegemónicos.

La guerra de Crimea, una generación después de la Santa Alianza, fue un intento de Rusia de mejorar decisivamente, esta vez por la fuerza, su posición en el sistema internacional, persiguiendo acceso al mar Mediterráneo y control sobre una parte del Imperio otomano. El intento ruso solo pudo ser frenado por una coalición liderada por Francia y Gran Bretaña.

Pese a su derrota en Crimea, Rusia fue capaz, pocos años después, de sostener frente a la potencia hegemónica, Gran Bretaña, un Gran Juego diplomático y militar, en el Asia Central. Las habilidades desplegadas por Rusia determinaron que fuera considerada en la célebre teoría geopolítica de Mackinder, con fuerte resonancia hasta el presente, como la principal potencia terrestre, candidata a doblegar al poder marítimo y dominar el mundo.

Más adelante en el siglo XIX, el principal estandarte para el expansionismo ruso fueron las ideas del paneslavismo, es decir la unificación de los eslavos de los imperios otomano y austrohúngaro bajo el gobierno ruso.

Con la Revolución bolchevique, Rusia da un gran salto en su protagonismo internacional en el terreno de las ideas y un vuelco total en su trayectoria reaccionaria, adoptando como ideología de estado el marxismo. Propone, esta vez a todas las naciones del mundo, sacar adelante una visión ideal y progresista de cambio que es potencialmente atractiva, sin distinción de razas, para la mayoría de la humanidad. Postula un orden socialista global, que desafía las premisas del orden liberal, emblema de la naciente hegemonía norteamericana, y promueve una revolución mundial, movilizándolo particularmente a las naciones de la periferia. Se convierte en un estado líder por los niveles básicos de bienestar que alcanza su población y en un modelo de modernización no capitalista.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la URSS consigue igualar el poder de EEUU en lo militar y sobrepasarlo en las fronteras del avance tecnológico. Sin embargo, pese al atractivo de sus valores y logros, la Unión Soviética no es capaz de superar a EEUU en la lucha por la mente de los pobres y de las naciones menos desarrolladas. Este hecho marca los límites de su avance hegemónico. Para lograr la hegemonía, la URSS intenta competir con el Occidente capitalista en el terreno del consumo de masas, sin tomar en cuenta las limitaciones intrínsecas de su economía.

La distensión de los años 1970 vincula peligrosamente a la economía y a los consumidores soviéticos con el sistema capitalista. La economía se vuelve vulnerable a las fluctuaciones de la economía mundial y el pueblo soviético pierde la fe en un sistema socialista incapaz de producir los frutos que ofrece el libre mercado.

Finalmente, el líder supremo de una nueva generación, Gorbachev, pretende superar los problemas del sistema soviético a través de una serie de reformas mal concebidas que derriban el pilar de autoridad del sistema al mismo tiempo que buscan cambiar la naturaleza misma de sus juegos político y económico.

El colapso que sobreviene del sistema comunista no significa, sin embargo, la extinción del espíritu nacional de Rusia. En importantes sectores de las elites sobrevive con fuerza el etos de la gran potencia histórica rusa. De las ruinas del comunismo, rompiendo los nuevos moldes de la ortodoxia del libre mercado y de la democracia liberal, resurgen el nacionalismo y la vocación imperial del Estado ruso.

Apoyada básicamente en su extraordinaria dotación de recursos naturales y en su tradicional poderío militar, una resurgente Rusia busca, ante todo, evitar que se consolide un dominio mundial norteamericano que cancelaría sus posibilidades de recuperar su estatus. Persigue activamente reconstituir su imperio en la forma de una hegemonía regional (Eurasia). Y procura conseguir, en el mediano plazo, las conexiones internacionales que le permitan finalmente convertirse en una gran potencia industrial.

Bibliografía

- Alcalde, J. (2009). *La pugna por un nuevo orden internacional*. Lima: Escuela de Gobierno y Políticas Públicas, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Alcalde, J. (2014). Rusia y China fortalecen su desafío a la hegemonía norteamericana. *Panorama Mundial*, boletín electrónico del IDEI, junio.
- Alcalde, J. (2014). *Después de la Guerra Fría; introducción a la dinámica del orden Internacional (1815-2013)*. Lima: Escuela de Gobierno y Políticas Públicas, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Bremmer, I. (2010). *The end of the free market*. Nueva York: Portfolio.
- Brzezinski, Z. (1998). *El gran tablero mundial*. Buenos Aires: Paidós.
- Gilbert, M. (2002). *The Routledge Atlas of Russian history*. Londres: Routledge.
- Harris, N. D. (1926). *Europe and the East*. Boston: Houghton Mifflin.
- Hayes, C. J. H. y P. T. Moon (1940). *Modern history*. Nueva York: Macmillan.
- Johnson, L. R. (2002). *Central Europe; enemies, neighbors, friends*. Nueva York: Oxford University Press.
- Kagarlitsky, B. (2008). *Empire of the periphery; Russia and the world system*. Londres: Pluto Press.
- Kennedy, P. (1987). *The rise and fall of the great powers*. Nueva York: Vintage Books.
- Kissinger, H. (2014). *World order*. Nueva York: Penguin Press.
- Landers, B. (2008). *Empires apart; a history of American and Russian imperialism*. Nueva York: Pegasus Books.
- Lieven, D. (2000). *Empire; the Russian empire and its rivals*. New Haven: Yale University Press.
- Meyer, K. E. y S. B. Brysac (1999). *Tournament of shadows; the great game and the race for empire in Central Asia*. Washington, D. C: Counterpoint.
- Pipes, R. (1995). *Russia under the old regime*. Londres: Penguin books.
- Pirenne, H. (1961). *Historia universal; las grandes Corrientes de la historia*. Barcelona: Ed. Éxito. Tomo V.
- Riasanovsky, N. V. y M. D. Steinberg (2005). *A history of Russia to 1855*. Nueva York: Oxford University Press.
- Roberts, J. M. (1996). *A History of Europe*. Londres: Allen Lane.
- Seeley, J. (1883). *The Expansion of England*. Londres.
- Thomson, D. (1966). *Europe since Napoleon*. Londres: Penguin Books.
- Todd, E. (2003). *After empire*. Nueva York: Columbia University Press.
- Treitschke, H. von (1962). *Politics*. Nueva York: Harcourt, Brace.

Fecha de recepción: 25 de febrero de 2015

Fecha de aprobación: 20 de marzo de 2015